

I

Betty Crawford Davies entró en su despacho de la vigésima planta del edificio McGrover, en la Gran Manzana, con el habitual miedo que le producía ver la extensa mancha verde de Central Park extendida a sus pies desde aquella altura. La pared del fondo, toda de cristal, carente de ventanas, cortinas y persianas, se convertía en la transparente frontera del abismo. Situar-se tras la pulcra cristalera era como asomarse al vacío. No sufría de vértigo, pero aquella privilegiada panorámica le producía una fugaz alteración del equilibrio cada vez que miraba a la calle, porque desde aquel observatorio todo era diminuto. Los vehículos parecían hormigas multicolores en continuo movimiento y los viandantes pequeños puntos en constante ajeteo desordenado, así que al llegar a la amplia y alargada mesa, se acercó a ella y la rodeó, evitando aproximarse al enorme ventanal. De espaldas a Central Park se quitó la chaqueta azul cielo del severo traje que lucía, dejando al descubierto una espléndida camisa blanca de la firma Dior. La falda, por encima de las rodillas, dejaba ver unas largas y bien formadas piernas que culminaban en unos pies de pedicura meticulosa, calzados en unos espléndidos zapatos italianos hechos a mano y de alto tacón que, a juego con el traje, realzaban, más aún,

la hermosura de sus perfectas extremidades. A Betty, consciente de la belleza de ellas, le gustaba lucirlas.

Con tan sólo veintiocho años de edad, ya llevaba dos al frente de la dirección ejecutiva de la firma de cosméticos McGrover, multinacional que logró aupar al liderato del sector por segundo año consecutivo, lo que supuso todo un logro de gestión para su corta trayectoria profesional.

La francesa Olga, secretaria de Betty y de mister McGrover, dueño de la firma, ponía con su fuerte acento parisino el punto exótico y de glamur necesario para el trabajo que desempeñaba.

Los cortos y ceñidos trajes que vestía disparaban la libido del personal masculino que accedía hasta aquella exclusiva planta, pero también provocaban las críticas más feroces de las empleadas. Olga cumpliría el próximo julio cuarenta y nueve años y sólo las incipientes arrugas en los ojos ponían de manifiesto su edad. Tal fascinación provocaba entre los trabajadores de la empresa que la apodaban *la Bombón*, dado su origen francés.

Como todos los días, entró sin llamar en el despacho de la joven ejecutiva llevándole un café humeante en aquella horrible taza amarilla de la que jamás se desprendía. Una vez la francesa acabó de disolver la pequeña dosis de azúcar, Betty la cogió entre las manos, lo probó, asintió en silencio y, sin mirar a Olga, se aproximó hasta la gran cristalera. La atractiva secretaria la observó unos instantes; la conocía demasiado bien como para saber que cada vez que se asomaba en silencio al ventanal, desafiando el vértigo que la atenazaba, alguna preocupación le inquietaba. Así que, sin mediar palabra, con el mismo sigilo que entró, se marchó.

Betty, con el estómago encogido por la altura, miró hacia la calle en un acto de valentía para intentar vencer el miedo que le producía la sensación de indefensión ante aquel vacío.

En la estrecha franja gris en que se convertía la acera destacaba, perpendicular a ella, un pequeño trazo rojo. Se trataba del entoldado del exclusivo *Red Horse*, *pub* al que acudían los ejecutivos de la zona al finalizar la jornada para seguir machacándose con los argumentos laborales. Después de tres copas, y en un ambiente de marcado carácter masculino, las conversaciones giraban en torno al inevitable universo de las escasas mujeres que, ejecutivas como ellos, tenían el valor de entrar en aquel santuario para hombres que se consideraban los elegidos por la mano divina para llevar las riendas del elitista entramado empresarial del país y manejar el complicado mundo de Wall Street. En definitiva, un reducto para engreídos, mojigatos y altaneros vestidos de Armani que pimplaban *bourbon* a pequeños sorbos o, en su defecto, *whisky* escocés no menor de doce años.

Sonriente, Betty le dio la espalda al ventanal, bebió un poco de café y tomó asiento en su confortable sillón batiente de alto respaldo. Allí, tras su amplia mesa, se sentía segura, satisfecha y convencida de ser más agresiva, más halcón en el mundo empresarial, que el nutrido grupo de fantoches que se citaban a diario en *Red Horse*.

Recordó la primera vez que entró en aquel templo viril. Los elegantes y estirados parroquianos la tomaron por una buscona de alto *standing*. Una semana más tarde, siempre en compañía de Olga, volvió al refinado establecimiento de copas, pero en aquella ocasión la rancia clientela ya dominaba su currículo, por lo que se convirtió en una pieza de caza mayor a batir. La tercera y última vez que se dejó ver por *Red Horse*, tuvo que esperar durante veinte minutos la llegada de Olga. Sentada en un taburete, con sus largas y esculturales piernas cruzadas, se convirtió en la diana de las lascivas miradas de los ejecutivos.

Un bróker, veterano buitres alcoholizado, convencido de su irresistible fachada y de que la joven acabaría atrapada en su red una vez desplegara su trillada y resultona verborrea

embaucadora, se dispuso para el ataque, pero en el momento cumbre, Olga y Jack, un conocido de la Arabigan Oil Company, cercenaron el vuelo del ave de rapiña, que acabó por los suelos al no percatarse del escalón cuando se dirigía hacia la parte del mostrador donde se encontraba Betty.

Bebió un poco más del fuerte café que le preparó Olga y del que era adicta desde que la hermana Angeli se lo diera a probar por primera vez, cuando tenía diecisiete años, en el colegio de St. Marie.

—Esto es café, y no lo que tomáis aquí. Así lo preparan en Italia y en España —recordó que le dijo sor Angeli, y desde entonces se hizo adicta a la cafeína.

La hermana Angeli era una italiana diez años mayor que ella, que se convirtió en una inesperada e íntima amiga cuando la necesitó.

La amistad entre ambas se estrechó el día en que Betty llamó a su celda en el St. Marie, colegio en el que ambas residían. Eligió a sor Angeli por su carácter dulce y alegre, y por ser la más joven del claustro, para descargar su agonía.

Acababa de cumplir diecisiete años cuando Mickey, el apuesto y atlético delantero del equipo de fútbol del St. Paul, con quien llevaba unas semanas flirteando, intentó forzarla en una fiesta después de varios y prolongados besos. Los gritos de Betty hicieron que tres de sus compañeras acudieran a la llamada de auxilio, provocando que el joven, fuera de sí al ver frustrada su intención, la emprendiera con el mobiliario. Betty aprovechó el momento para escapar, emprendiendo entre sollozos una rápida huida hacia el St. Marie que no detuvo hasta llegar a la habitación de sor Angeli.

La tarde ya había caído, por lo que la monja, después de celebrar los rezos vespertinos, se disponía a ponerse el camión para un reparador sueño, cuando llamaron a su puerta con insistencia.

Despojada del severo hábito, Betty se sorprendió al ver la belleza de la joven monja que, según los rumores de las alumnas del exclusivo colegio, se encontraba incómoda en la atropellada sociedad neoyorkina, que le desbordaba por doquier.

Sor Angeli logró tranquilizar a la asustada joven y más relajada, habló y habló sin cesar mientras la religiosa escuchaba en silencio, mutismo que rompía de vez en cuando para hacer alguna puntual y oportuna observación. La dulzura en el trato, la comprensión que demostró ante la difícil situación que acababa de pasar la joven y lo atinado de sus comentarios, hicieron que Betty se sintiera por primera vez, después de tantos años en el St. Marie, cómoda en aquel elitista y rígido colegio.

Ninguna reparó en que el alba empezaba a robarle protagonismo a la noche. Sor Angeli se dispuso a hacer café y fue entonces cuando Betty vio el cuerpo de la monja. Al levantarse del sillón, se percató de que sólo llevaba puesta una bata blanca que dejaba apreciar su ropa interior. Fue una sorpresa. En primer lugar porque no esperaba que sor Angeli tuviera aquel tipo y en segundo, porque las prendas íntimas eran más provocativas de lo que imaginaba para una profesora, pues siempre había supuesto que eran grandes, blancas y recatadas.

—¿Y si te sorprende la madre superiora haciendo café?
—preguntó Betty, totalmente reconfortada.

Sor Angeli se giró, dejando ver aquel cuerpo, digno de una escultura de Miguel Ángel y, esbozando una sonrisa de complicidad, respondió con cierta coquetería.

—Me amonestará, pero no creo que lo haga —y adoptando un aire de confidencialidad, le dijo sonriente—. Te voy a confiar un secreto: de vez en cuando viene y me pide una tacita.

Las dos rieron, tapándose la boca con una mano para evitar que el volumen les delatara. La escena la interrumpió el fuerte olor a café que inundó la pequeña habitación. Sor Angeli sirvió